



Juana Jorquera habita la sala de estar de la pintura. Un espacio de sillones, mesitas y espesos visillos en donde toma café con Morandi y Vuillard cada tarde, un lugar en el que el humo del tabaco construye conversaciones al ritmo que trace un pincel nervioso. Y de tanto hablar- risas, susurros, alguna historia triste- la luz se va cubriendo con una gruesa capa de pardos y sienas, de tonos saturados y composiciones que van encajando como un puzzle. A golpe de zincel construye casas en las que se mueven sus personajes y abre ventanas a otras historias, a otros mundos en los que las distancias se miden a golpe de óleo y aguarrás, donde no funcionan los mecanismos de tamaños y certezas a los que nos tienen acostumbrados los sentidos. Y sin embargo es tan real este espejo de caras y canes como el reflejo desde el que lo contemplamos, casi oímos el sonido de cucharas y caladas al cigarro, el tic tac del minuterero de un reloj, el silencio de una conversación interrumpida. En su sala de estar los años no corren a la velocidad de aquí fuera, las fechas se diluyen en el aire entre caprichos de las hebras quemadas del tabaco... El músculo duerme, la ambición descansa.

Las flores de pintura no marchitan.

CHARRIS